

De so/ a sol

Ilustrando la memoria



Una idea de Asociación Redes de Educación Patrimonio y Cultura

Textos: Cristina Vadillo y Fran Sueiro

Diseño gráfico y maquetación: Sofía Yanes

Facilitación de talleres creativos: Sofía Yanes



Introducción

De Sol a Sol, Álbum Ilustrado de la Memoria es una publicación conformada a partir de las creaciones que niñas, niños y jóvenes de los diferentes pueblos de la Mancomunidad del Embalse del Atazar y de la Sierra Norte de Madrid, han realizado en los talleres Ilustrando la Memoria, desarrollados en el último semestre de 2024. Creaciones que, a su vez, han sido inspiradas en los testimonios que las personas más mayores de los municipios han ofrecido a lo largo de las sesiones de la actividad Relatos y un Café/ Mesas de la Experiencia y que versan sobre oficios, labores, costumbres, fiestas o anécdotas relacionadas con la cultura rural tradicional.

Este álbum, así como las experiencias previas que lo han hecho posible, forman parte del proyecto de la Mancomunidad del Embalse del Atazar PATRIMONIO Y CULTURA RURAL: “Valorización de recursos del patrimonio cultural inmaterial” financiado por la Secretaría General para el Reto Demográfico del Ministerio para la Transición Ecológica y Reto Demográfico.

Ilustrar la memoria es soñar despiertas, hilvanar retales de recuerdos para tejer un relato comunitario de unos tiempos no tan lejanos que, sin embargo, se nos antojan ajenos. Tiempos en los que las cosas no sucedían apretando un botón. Por eso nada de lo que acontecía era una casualidad: el calor, el agua, la luz, la comida, la ropa, las risas... se producían de forma consciente y minuciosa. Esa forma de dignidad que supo resistir a la pobreza de manera eficaz, constituye la base de una cultura rural que ha sido maltratada por una modernidad mal entendida pretendiendo enterrar parte de lo que fuimos.

Este álbum parte de un concepto sencillo que alcanza objetivos inmensos: compartir la memoria como forma de alcanzar la eternidad. Lo hace en pequeñas dosis y con un trabajo manual. Así como en los hilanderos las mujeres hablaban y compartían mientras cosían, los niños y las niñas, han imaginado, recortado, dibujado pequeñas historias y anécdotas, haciéndolas suyas. Se trata de una ofrenda bidireccional, entre mayores y pequeños. Se trata de recibir una herencia intangible y mimarla, siendo conscientes de su valor. Se trata de alimentar las comunidades portadoras, para que crezcan y se hagan robustas.

Esperemos que disfrutéis con sus palabras e imágenes tanto como nosotras hemos disfrutado en su creación.

Está vivo.

Sobre el proceso de creación de las ilustraciones.

En diferentes momentos y rincones en torno al embalse del Atazar, se colocan con cuidado sobres de colores en sillas de madera. Niños y niñas van llenando el espacio con alegría y curiosidad. Una jota comienza a sonar y con ella, se da comienzo al juego de las sillas. El grupo se pone en movimiento, a veces con los brazos en jarras, otras alzados, a veces se ven saltos e incluso piruetas. Cuando la música para, cada cual se encuentra frente a un sobre que contiene un pedacito de memoria.

Los sobres se abren y un relato se despliega. Un relato extraño y distinto, en ocasiones salpicado de palabras desconocidas. Cada lector va desgranando el texto comprendiendo algo de lo vivido por la persona o personas que compartieron su recuerdo.

Con el texto cerca, niños y niñas van creando un paisaje con papel de seda para que el recuerdo pueda aterrizar en un lugar. El papel de seda se rasga, arruga o pliega. Entre risas o suspiros, a veces sale volando.

Con un paisaje plasmado en el papel, la mesa de trabajo se llena de imágenes de diferentes objetos; hoces, cedazos, artesas, cuerdas, velas, yuntas, pucheros o bicicletas. Cada criatura busca el objeto que cree que viene bien para hacer que su relato coja forma.

Invito a que recuperen el sobre con el relato, que lo vuelvan a leer, esta vez de una forma diferente. ¿Con cuál de los 5 sentidos creen que la persona recordó el relato? ¿A qué huele? ¿Qué ve? ¿Qué oye? ¿Qué siente? ¿A qué sabe la memoria? El relato ya no es ajeno, pasa por el cuerpo dejando una sensación, una vivencia.

Un manto de hojas vuelve a aparecer sobre la mesa. Esta vez son ojos, narices, bocas, orejas, pieles, manos y pies los que brotan y cada cual escoge los sentidos presentes en el recuerdo que están traduciendo a materia.

Tras ello, rotulador o cera en mano, llevan color y forma a donde creen que pueda faltar. Añaden detalles aparentemente nimios pero que son los que, en ocasiones, nos hacen comprender ese pequeño elemento que vuelve el relato algo único y vivo.

Para finalizar, una frase. Una frase que una vez más, nos haga ponernos en las albarcas del relator/a para experimentar cómo fue vivir aquello.

A modo de cierre y despedida compartimos lo que más nos ha interesado del relato, de la ilustración o de la experiencia y al ritmo de las jotas bailamos alocadamente.

¡Cuidado! lo que vas a leer y ver a continuación está vivo.

Sofía Yanes Buraya



Capítulo 1

Íbamos a amanecer a la tierra.





Abril González
7 años
El Berrueco

Pagaban una iguala todos los meses para poder disponer de los servicios del médico que vivía en Lozoyuela. Para afrontar el pago a menudo tenían que guardar los huevos para venderlos.

Testimonio recogido en El Berrueco.

La noche de Todos los Santos, se tiraba una soga desde el campanario y tocaban las campanas hasta el amanecer o incluso más. Recuerdan que la tía Felipa seguía tocando el día siguiente. Las campanas sonaban mientras en la plaza una lumbre calentaba a la gente.

Testimonio recogido en El Atazar.

Paloma Bernal

30 años

Animadora sociocultural de El Atazar



La mañana de los rebaños, el día después de San Pedro (29 de junio), todo el mundo traía sus cabras a su casilla y las contaban; después juntaban en la plaza todos los rebaños. Juntos sumaban más de mil cabezas. Las subían al monte tres o cuatro hombres pero, a partir de esa noche y hasta el día de Santiago (25 de julio), se quedaban a su cargo sólo dos personas que eran relevadas por otras dos a los días. Las personas a cargo de “la cabrá”, pasaban con ellas en los cerros día y noche, teniendo que dormir al sereno. Se organizaban así con el ganado durante ese tiempo para que el mayor número posible de personas se pudiera dedicar a segar el centeno y el trigo. Entre dos personas cuidaban todas las cabras del pueblo, evitando que tuviera que ir un vecino de cada casa con su piara.

Testimonio recogido en El Atazar.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 10)



Juana Pérez del Molino
9 años
Robledillo de la Jara

(Ilustración correspondiente al texto de la página 9)



Noa Martín
8 años
Patones

La gente de Patones de Arriba empezó a hacerse casas en el pueblo de Abajo alrededor del año 1950. Al principio eran poco más que cuatro paredes. Una de las primeras casas fue la del tío Canuto, era un chamizo con retama. Abajo era todo más cómodo, pasaba el coche de línea y no tenían que subir y bajar el barranco a diario.

Testimonio recogido en Patones.



Belén Prieto
7 años
Patones

Los edificios municipales de Patones de Abajo los construyeron los vecinos con cenderas, de manera comunitaria.

Lo primero que hicieron fue la fuente y el pilón para que bebieran los animales, después construyeron otros edificios como la Escuela, la Casa de la Maestra, el Ayuntamiento, el Salón y la Iglesia.

Testimonio recogido en Patones.



Daniela Fernández
9 años
Patones

(Ilustración correspondiente al texto de la página 14)

En Puentes Viejas había una escuela para los hijos y las hijas de quienes vivían o trabajaban allí. La escuela de Puentes Viejas tenía profesora de manera continuada, no como la del pueblo, allí la maestra estaba pocos días en semana. “Aquí desde luego aprendíamos a leer porque teníamos muchas ganas” dicen.

Cuando la maestra estaba en la escuela hacían con ella cuentas, repasaban la tabla de multiplicar, hacían dictados y después de corregirlos copiaban las palabras en las que habían cometido faltas de ortografía.... Los jueves por la tarde las niñas hacían costura, en un mismo trozo de tela practicaban de todo, vainica, dobladillo, fruncido, botones, añadir una pieza, hacer un remiendito...

Testimonio recogido en Paredes de Buitrago.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 13)



Alejandro Navarro
10 años
Patones

Cuenta Manoli que a las 11 salían al recreo y jugaban por el patio o alrededores, al esconderite, al avión, a la rayuela... Recuerda una ocasión en la que unos cuantos niños y niñas fueron en el recreo hasta unas charquillas en busca de ranas, querían cazarlas y llevárselas a la maestra puesto que sabían que le gustaban mucho las ancas de rana. Sin embargo volvieron a la escuela con las manos vacías y más tarde de lo debido. La maestra les castigó contra la pared y de rodillas.

Testimonio recogido en Mangirón.



Daniela Melones
9 años
Patones

Los domingos de cuaresma, como no se podía hacer baile, mozas y mozos jugaban en la carretera, jugaban a perseguirse y atizarse con un cinto, a ratón que te pilla el gato, a la gallinita ciega, a la cuerda o al puchero.

El juego del puchero se hacía con algún recipiente de barro que hubiera quedado inservible para cocinar, mozas y mozos se ponían en corro y se iban tirando el puchero.

Testimonio recogido en Paredes de Buitrago.



(Ilustración correspondiente al texto de la página 18)

La noche del 30 de abril al 1 de mayo, a altas horas, los mozos iban al río a por el árbol más alto, un chopo. Lo cortaban, le quitaban parte de las ramas y lo traían a cuestras hasta el pueblo. Cuando estaban en Patones de Arriba lo ponían en El Llano y Abajo en la Plaza del Ayuntamiento. Lo colocaban en un hoyo que habían hecho previamente y lo enderezaban con mucho esfuerzo ayudados por unas sogas. Iban también a robar prendas de las chicas que estuvieran tendidas (sujetadores, bragas, etc...) y las colocaban en lo alto del tronco.

Testimonio recogido en Patones.

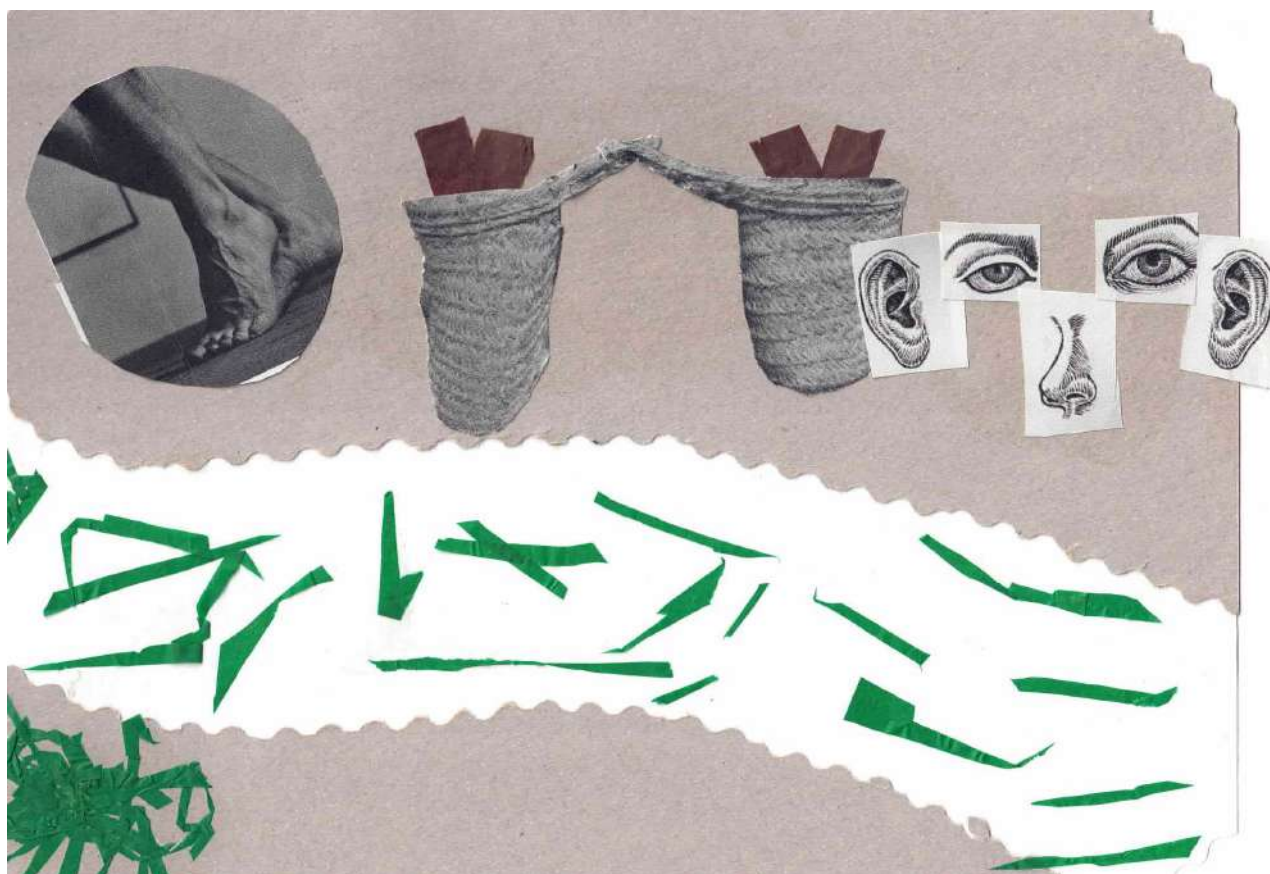
Erika Sanz
8 años
Patones

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 17)

María recuerda que su madre bajaba a Torrelaguna con una carga de leña. Lo que ganaba al venderla lo gastaba en jabón, remiendos (retales de tela que usaban para arreglar las prendas de ropa rotas) e hilos.

Testimonio recogido en El Berrueco.

Aitor Toledo
9 años
El Berrueco



Pepe solía ir con su bicicleta a trabajar a la cantera. En ese trayecto pasaba por delante de la casa de Eugenia, una moza que después sería su novia y más tarde su mujer. Ella, que sabía más o menos cuando pasaba él, aprovechaba ese momento para salir a por el agua a la fuente y así encontrarse y poder charlar un poco.

Testimonio recogido en El Berrueco.

Ariadna Iglesias
9 años
Robledillo de la Jara





Rocío Ruiz
45 años
Cincovillas

(Ilustración correspondiente al texto de la página 22)

Cuenta Vicenta que en su casa cuando iban a poner la gallina a incubar preparaban un escriño, dentro de él colocaban unas tijeras abiertas y después echaban paja, sobre la paja colocaban 13 huevos. Después de 20 días incubando le preparaban unas sopas de vino para que tuviera más calor, pues al día siguiente iban a romper los huevos.

Tras 21 días, cuando ya salían los pollitos era muy emocionante, les ponían al principio sopas de leche, pero enseguida salían a la calle ellos mismos a comer.

* Las tijeras las ponían porque así si había tormenta decían que no se enhueraban los huevos.

Testimonio recogido en Mangirón.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 21)



Teresa Fernández
10 años
Patones

(Ilustración correspondiente al texto de la página 24)

Después de haber segado el trigo, el centeno o la cebada había que trillarlo. Trillar consistía en romper la mies tendida en la era para separar el grano de la paja. Pero... ¿Cómo se hacía? Dos animales, que podían ser vacas, burros, mulas o caballos tiraban de una tabla con dientes hechos a base de piedras afiladas e incrustadas en ella. Los animales se movían en círculo sobre la mies pasando la trilla por encima de ella.

Alguien tenía que ir sobre el extremo de la trilla. Podía ir sentado en una banqueta o de pie y era muy importante que estuviera atento, porque si el animal levantaba la cola para evacuar, tenían que poner una pala o un cubo para que los excrementos no cayeran sobre la paja y el grano.

Testimonio recogido en Patones.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 23)



Natalia García
11 años
Patones

Cada dos semanas encendían los hornos de sus casas, normalmente con leña de jara. Cuando estaban a punto, metían las hogazas que habían amasado ese día o el día anterior.

Las hogazas eran redondas, pesaban en torno a un kilo y estaban elaboradas con harina de trigo que ellos mismos habían sembrado, segado, trillado, llevado a moler y cernido. Cuando las sacaban del horno, como tenían que durar hasta la siguiente hornada, las metían en la artesa y las tapaban con una sábana para que se conservasen lo mejor posible.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Miriam Esteban
12 años
Robledillo de la Jara

En Robledillo había dos molinos para moler el grano y convertirlo en harina, uno estaba en el mismo pueblo y otro en El Riato.

Los molineros del Riato iban por las casas con un borriquito a cargar el grano que cada cual quería moler. Una vez molido lo entregaban también en las mismas casas.

Testimonio recogido en Robledillo de la Jara.



Randy Prieto
11 años
Patones

A lo largo del mes de septiembre, cuando ya habían terminado de trillar el grano y antes de la siembra, abonaban la tierra echándole basura (excrementos de animales). La basura se llevaba a las fincas con caballerías (mulas, burros, yeguas y caballos) en serones, luego se descargaba en montones y de ahí se pasaba a esparramar con una pala. Se ponían principalmente en las fincas donde se cultivaría trigo y cebada.

Testimonio recogido en Patones.



Aarón Prieto
9 años
Patones

Margarita y Manuela recuerdan hacer adobes en Los Vallejos. Ponían una masa hecha a base de barro, paja ya trillada y agua en unos moldes, cuando se había secado lo suficiente como para mantener la forma (un prisma rectangular, cómo un ladrillo), los sacaban y terminaban de dejar secar. ¡Tenían que estar atentos si llovía, no se podían mojar porque se deshacían!

Los adobes se usaban principalmente para tabiques, paredes en el interior de las casas.

Testimonio recogido en Paredes de Buitrago.

Gabina recuerda que a veces tenían que madrugar mucho para ir a La Puebla a intercambiar la cera de las colmenas de sus padres por judías. Quienes se quedaban con la cera era para hacer velas.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

Rocío García

6 años

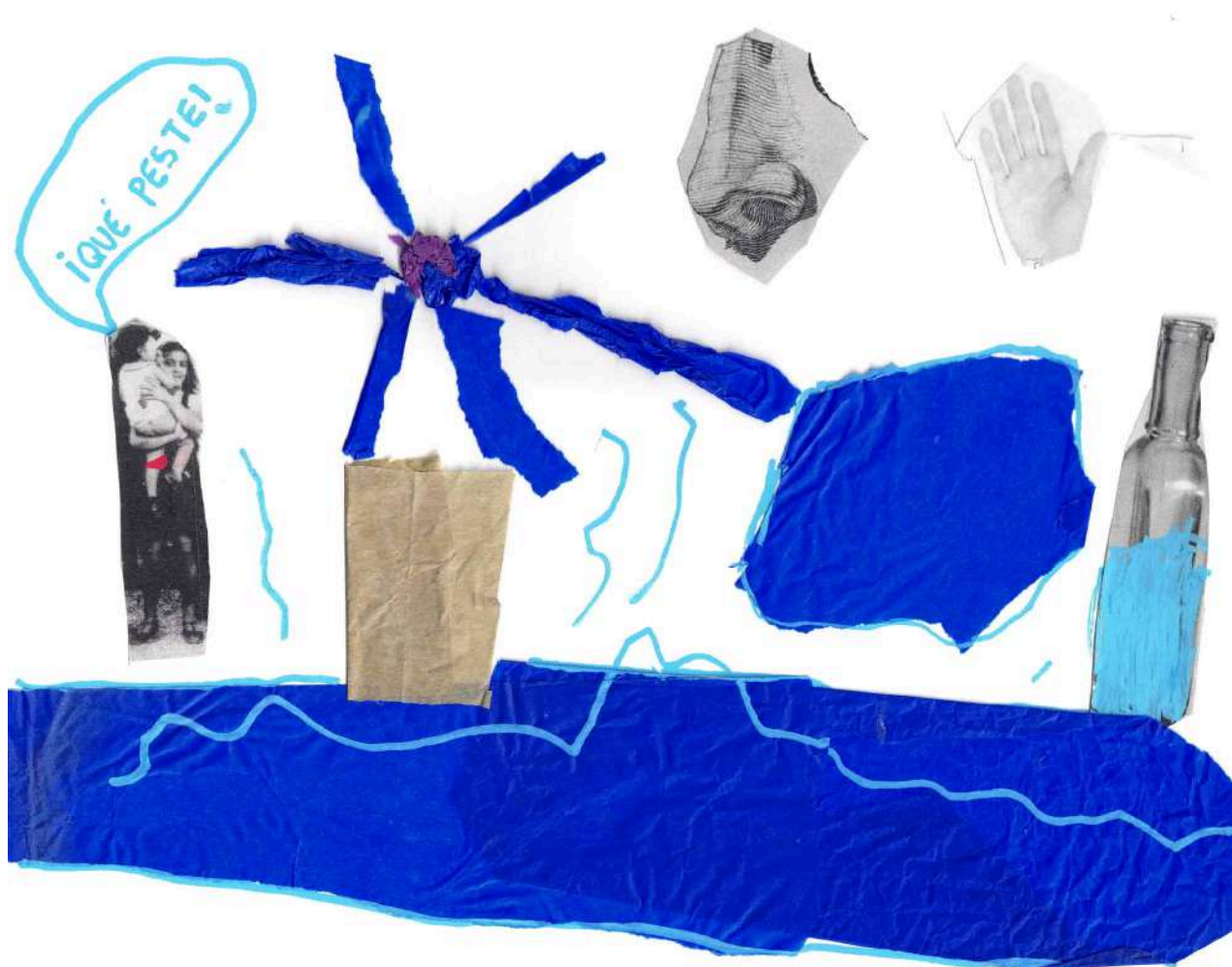
Patones



Brotaban subiendo hacia Robledillo, por bajo de los molinos, unos manantiales que tenían unas pilas. Felisa recuerda ir con su madre hasta esas pilas y llenar varias botellas de agua con las que luego se lavó para curar unas heridas que le salían en las piernas. Dice que el agua tenía olor a huevo podrido y estaba caliente.

Esos manantiales estaban cerca del río y se los comió la presa.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Marco Jimena
8 años
Cervera de Buitrago

La familia de Espe llegó a Patones durante la guerra huyendo de los bombardeos que hubo en Torrelaguna, donde vivían. Como no tenían tierras para cultivar y conseguir alimentos tenían que trabajar para otras personas del pueblo.

Cuando ella tenía catorce años empezó a lavar para alguna gente de Patones y Torremocha. Solía lavar en el arroyo que había frente a su casa (en Patones de Arriba), arrodillada sobre una almohada y ayudada por una tabla. Al principio a cambio de su trabajo le daban tocino, garbanzos y otras cosas de comer, más tarde empezaron a pagarle unos céntimos por cada pieza lavada.

Testimonio recogido en Patones.

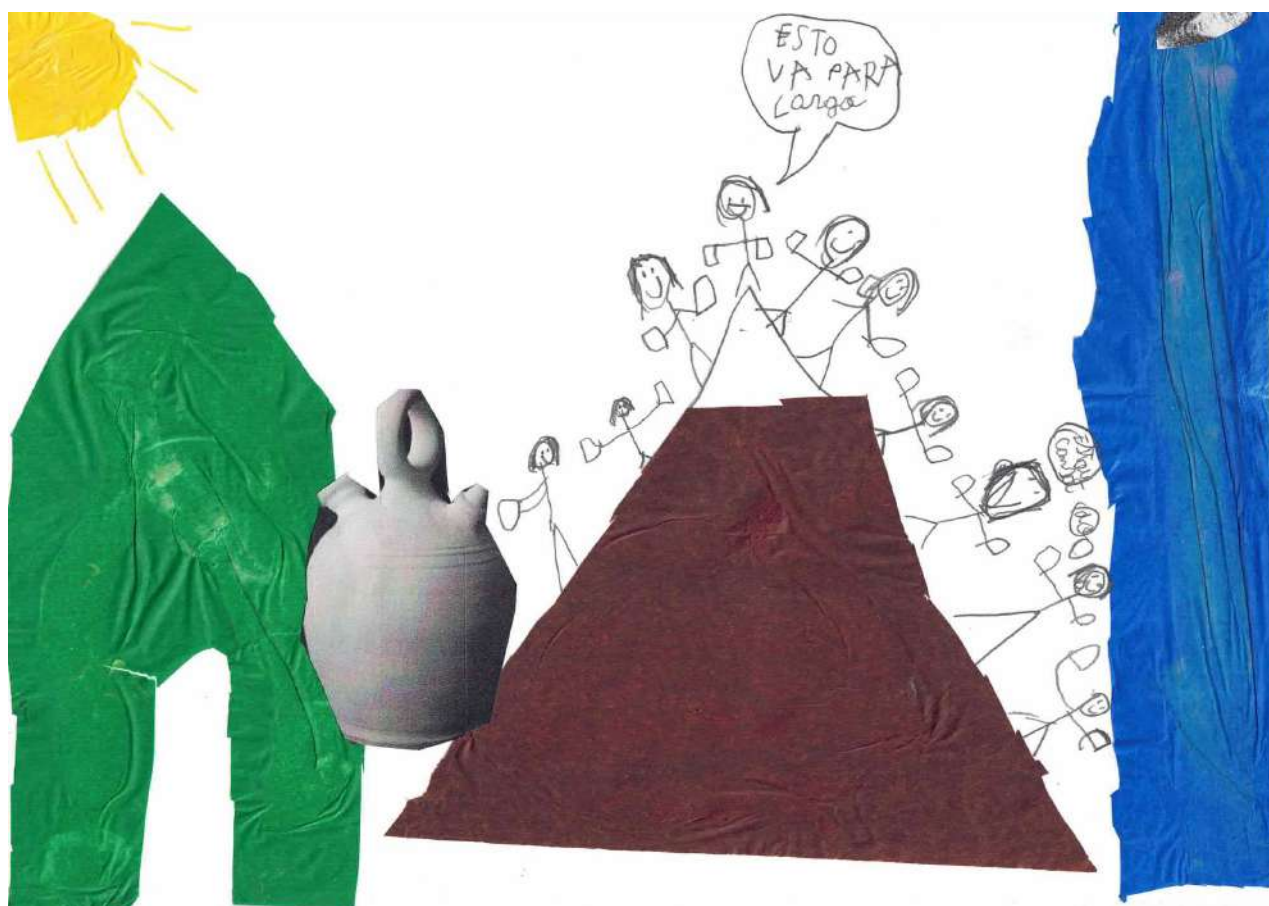
Paula Gómez -10 años - Patones



En la fuente de arriba, la única que había antiguamente y a la que tenían que ir con frecuencia a recoger el agua necesaria para beber, guisar y asearse, a veces corría un hilito muy fino y se tardaba mucho en llenar los cacharros. Cuando iban las mujeres hacían una fila esperando a que les tocara y si se preveía una espera muy larga dejaban cántaros, botijos y cubos guardando su turno.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

Elias Elyoummi
8 años
Patones



Los chicos jóvenes vestían la vaquilla, una estructura hecha con varas y rematada por un lado con cuernos de vaca y por otro con una cola hecha con los pelos de algún animal. Primero ponían una sábana o tela grande y luego la cubrían con los mantones y pañuelos que la gente les había prestado. Los pañuelos se ponían “a pico” y en la frente se le colocaba una escarapela.

La mañana del domingo iban a por ella. Algún mozo se la ponía y el resto de mozos llevaba cencerros, así empezaban a correr las calles.

Testimonio recogido en Patones.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 34)



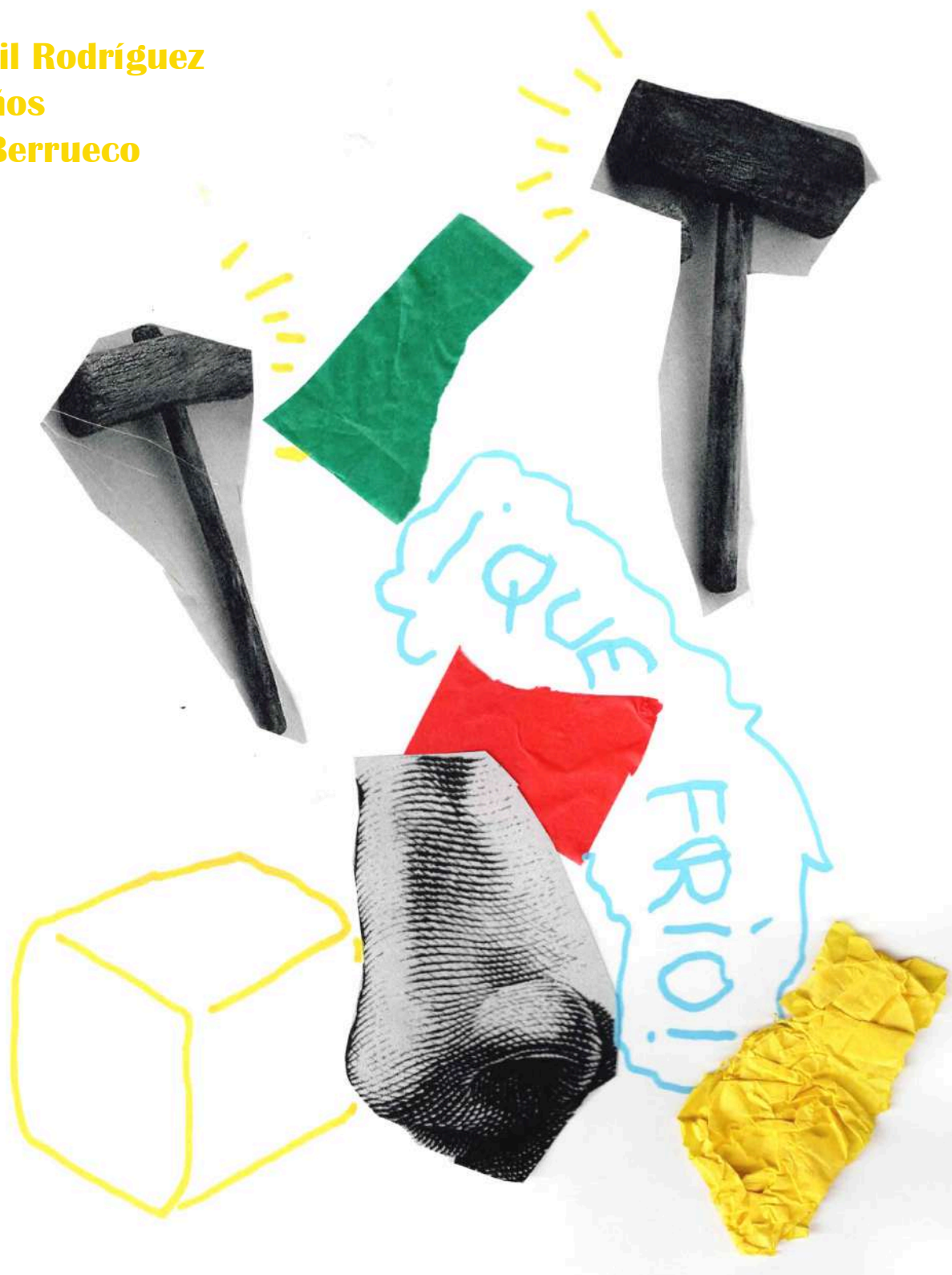
(Ilustración correspondiente al texto de la página 33)

Hugo Muñoz
9 años
Patones

Pagaban una iguala todos los meses para poder disponer de los servicios del médico que vivía en Lozoyuela. Para afrontar el pago, a menudo tenían que guardar los huevos para venderlos.

Testimonio recogido en El Berrueco.

Abril Rodríguez
4 años
El Berrueco





Elisa López
10 años
Mangirón

En torno al día de San Juan (24 de Junio), recolectaban manzanilla silvestre que secaban.

Cuando alguien de la casa tenía dolor de tripa o quería lavar sus ojos por algún tipo de molestia en ellos, cocía agua en algún puchero en la lumbre y echaban un puñado.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.



Martina Sanz
10 años
Patones

(Ilustración correspondiente al texto de la página 38)

Decía el padre de Justo, que llegando el mes de marzo ya sus hijos no se le morían de hambre porque venían las azaderas, los espárragos, los lagartos y los conejos.

Testimonio recogido en El Berrueco.

(Texto correspondiente al texto de la página 37)

Capítulo 2

**Al alba del puerco, que da
el sol a medio cuerpo.**



El agua de la presa cubrió las huertas que estaban de camino a Cervera, esas eran para ellos las mejores tierras, las más fértiles. También cubrió el molino del Riato dónde solía ir la gente de El Atazar y otros pueblos a moler el grano.

Pablo recuerda que en el año 1983, año en que la presa estaba medio seca, fue con su mujer a ver el molino, le dijo: “Vamos a verlo que a lo mejor no lo volvemos a ver así como está ahora”. Llevaba razón.

Testimonio recogido en El Atazar.

Carlota Fernández

12 años

El Atazar



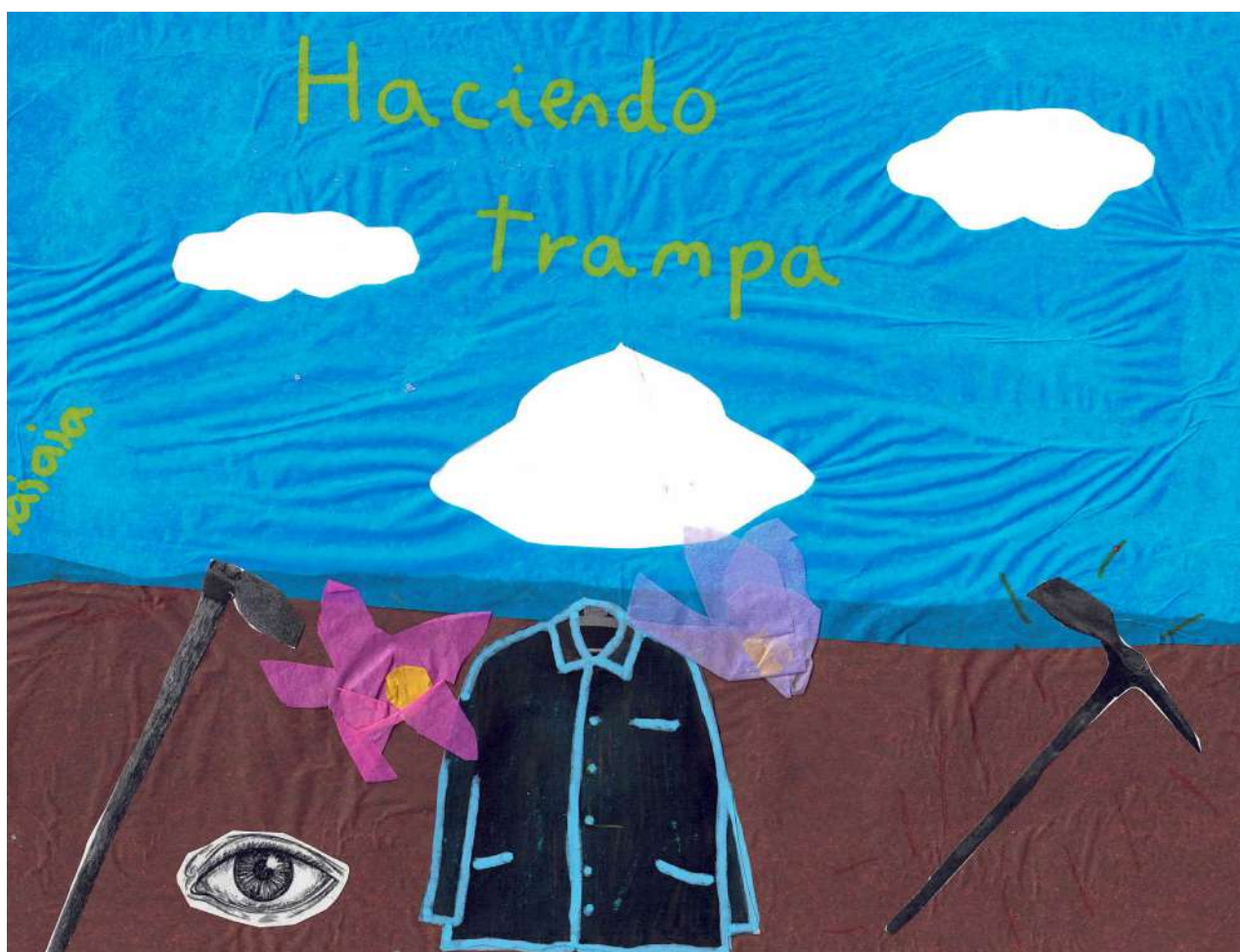
Hasta mediados de los años 60 (del siglo XX) los camineros cuidaban las carreteras. Como eran de tierra tenían que limpiar la cunetas por dónde corría el agua y rellenar los agujeros o regueros que se hacían con las lluvias.

Tenían fama de hacer poco, dicen que solían poner las herramientas y encima la gorra o la chaqueta para que se viera que estaban por allí aunque no estuvieran trabajando. De ahí viene la expresión “eres más vago que la chaqueta de un caminero”.

Todavía se pueden ver en muchas carreteras de España las casas abandonadas de los camineros, que estaban entre dos pueblos y en cuyas paredes se indican las distancias kilométricas que hay a los pueblos más cercanos.

Testimonio recogido en El Atazar.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 42)



Daniela Fernández
9 años
El Atazar

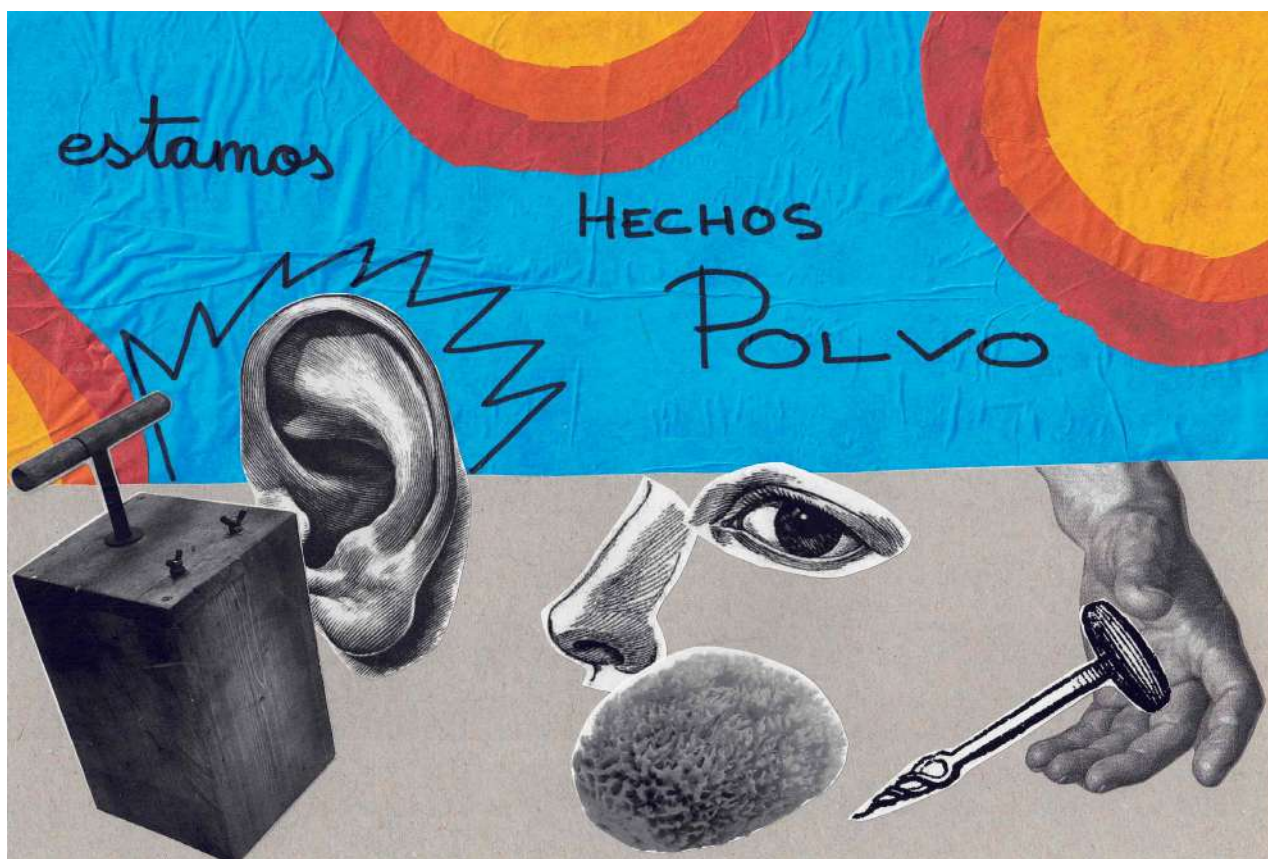
(Ilustración correspondiente al texto de la página 41)

En la presa de El Atazar trabajaron hombres de muchos pueblos de la Sierra. También hombres llegados de territorios más lejanos como Andalucía o Galicia y presos del régimen franquista. Tenían jornadas larguísimas y las condiciones de trabajo eran muy duras.

Allí, cuentan que conocieron varios tipos de explosivos que manejaban sin ninguna formación y sin las herramientas adecuadas, llegando algunos a remachar detonadores con los dientes. También recuerdan que se ponían una esponjucha a modo de mascarilla para que no pasara el polvo cuando abarrenaban y que si querían descansar un poco tenían que atar el martillo mecánico para que siguiera haciendo ruido y el encargado pensara que seguían trabajando.

Testimonio recogido en El Atazar.

Magaceda Escribano - 41 años - Serrada de la Fuente



Mucha gente de estos pueblos trabajó plantando los pinos que ahora dibujan el paisaje. Tenían que hacer hoyos y colocar los pinos que entonces eran aún pequeños. Álvaro y Jacinto fueron dos de ellos, trabajaban en pareja y durante una jornada podían llegar a plantar 500 árboles.

Testimonio recogido en El Atazar.

Lupe Pérez del Molino
7 años
Serrada de la Fuente





Diana Sanz

13 años

Robledillo de la Jara

En los términos de Cervera de Buitrago y Robledillo de la Jara hay una zona a la que todavía hoy se la llama Las Viñas porque antaño, hasta que la filoxera acabó con ellos, había viñedos.

Hace más de 100 años que desaparecieron, pero el padre de Alfonsa le llegó a contar que cada año iban a vendimiar cuando el guarda de las viñas les indicaba que las uvas estaban preparadas. Con estas uvas hacían vino y lo almacenaban en grandes tinajas de barro que ellas conocieron en sus casas y aún pueden verse en algunos rincones de estos pueblos.

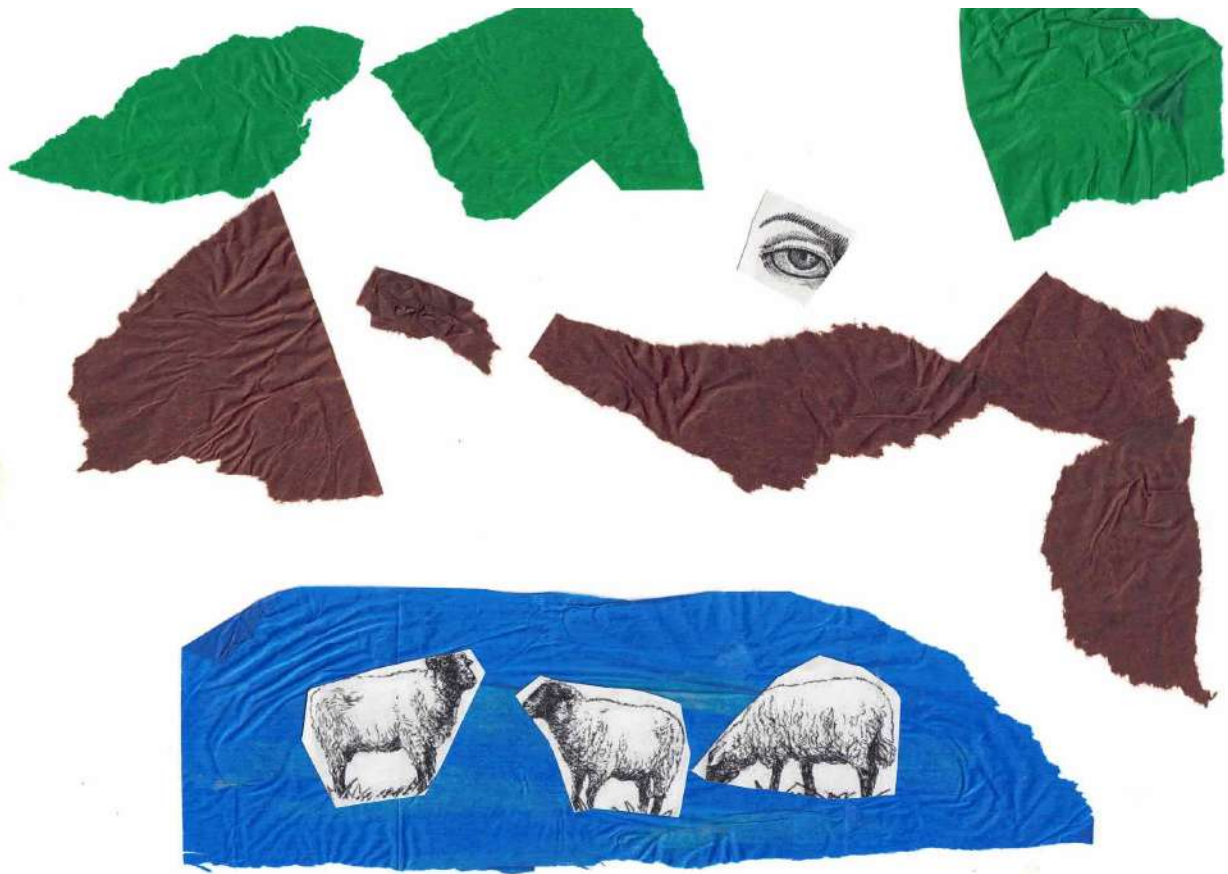
Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Julia Sacha
10 años
Patones

Don Inocente, el cura, tenía una bicicleta que les prestaba y como la bici no tenía frenos, Julio recuerda haberse tenido que tirar a los trigos para frenar. Eso sería antes de haber aprendido que si ponías el pie de cierta forma en la rueda la bicicleta iba perdiendo fuerza.

Testimonio recogido en Robledillo de la Jara.



Javier Blázquez
7 años
Patones

Había un puente que cruzaba el río. Estaba hecho con dos raíles atravesados por jaras y romeros que servían de base para una capa de tierra con hierba que ponían por encima.

Las pastoras, las cabreras y las cabras lo solían utilizar pero les daba miedo: era estrecho, mimbrea y no había nada para agarrarse. A las ovejas como no les importaba mojarse pasaban por en medio del río y se libraban de aquel momento.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Diego Gómez
13 años
Robledillo de la Jara

Para cuidar a los cerdos organizaban “la porcá”. Cada día, una o dos personas sacaban por el campo durante toda la jornada a los gorrinos. Los llevaban a pastar a diferentes parajes y si pasaban por el río siempre se bañaban y revolcaban.

De cada casa dónde había cerdos tenía que ir una persona a “la porcá” cada tantos días. Cuantos más cerdos tuviera, más días tenía que ir. Esta tarea podían asumirla desde niñas o niños hasta personas adultas.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Alejandro Jimena
10 años
Cervera de Buitrago

Para la fiesta del 18 de diciembre se sacaba a la Virgen en procesión. Al terminar la procesión en la puerta de la iglesia se subastaban las varas, el niño y las ofrendas hechas por las vecinas que normalmente eran bollos que ellas mismas habían preparado.

Quienes más pagaban por las varas las cogían para meter a la virgen en la iglesia y quien más pagaba por el niño lo llevaba en sus manos también al interior de la iglesia, quienes más pagaban por las ofrendas se las quedaban.

El dinero recaudado lo destinaban en parte para la hermandad y en parte para el cura.

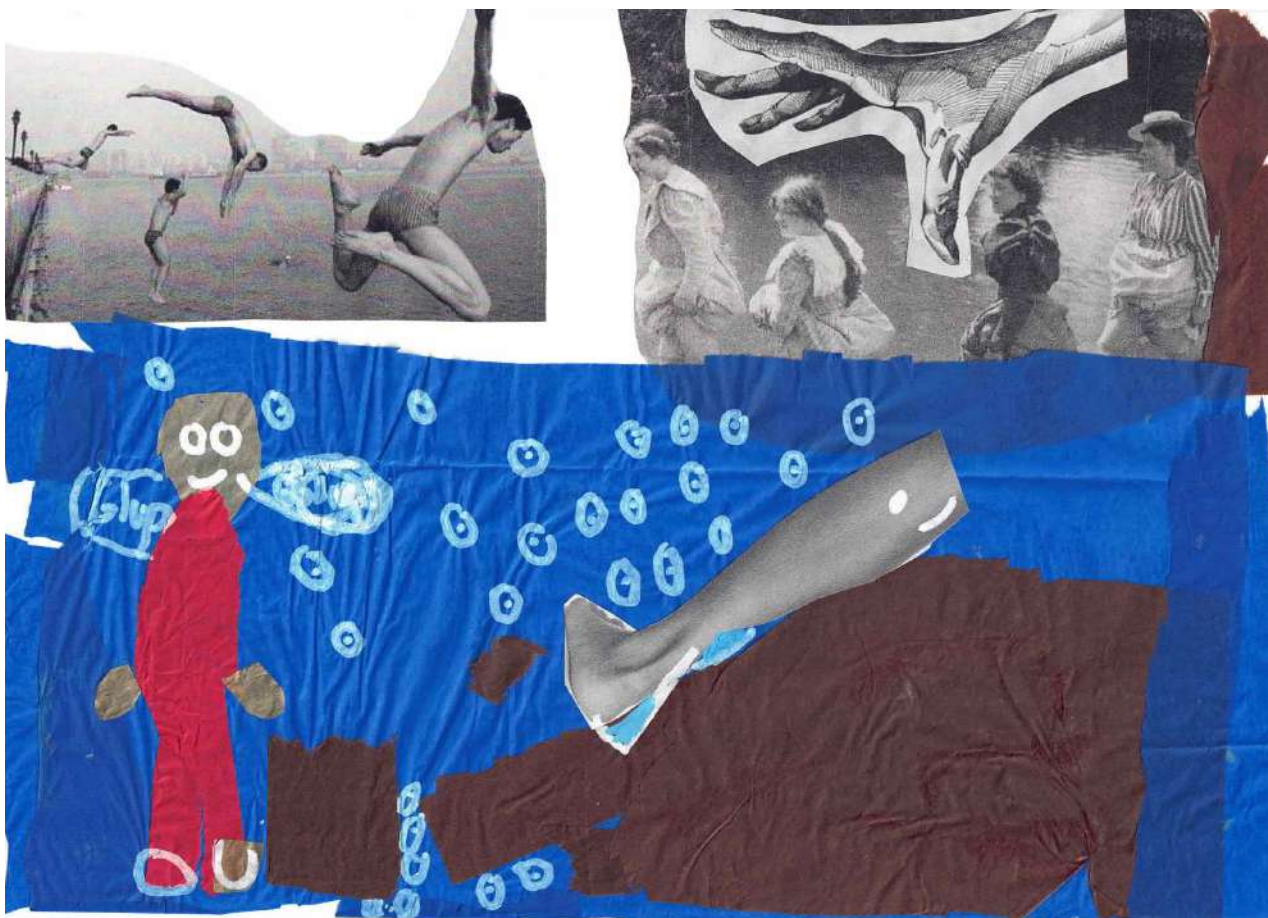
Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Federico Farrona
6 años
El Berrueco

Algunos mozos se juntaban en un cerrillo que hay en Cuesta Alta al lado de la huerta de la tía Lucia. Tenían a su cuidado ovejas que estaban amurriadas y cabras que estaban por el monte. La Señora Isidora les veía desde su casa y se preguntaba qué hacían allí y le pidió a Anastasia que averiguase el motivo de tal reunión que se producía mañana tras mañana. A Anastasia se le olvidaba hasta que por fin un día se acordó. Resultaba que estaban aprendiendo a tocar la guitarra todos juntos, ayudándose unos a otros.

Testimonio recogido en El Berrueco.



Rodrigo Herrero
12 años
Cervera de Buitrago

(Ilustración correspondiente al texto de la página 52)

Muchos hombres de Cervera sabían nadar. Iban en panda a lugares del río dónde había pozas profundas como los Pozos del Soto y allí se empujaban al agua unos a otros, obligándose así a aprender a defenderse en ese medio.

¡La Gertrudis también sabía nadar! apunta Paula, pero eso era menos habitual, porque aunque las mujeres a veces también se bañaban, por ejemplo cuando hacía buen tiempo y terminaban pronto de lavar, solían hacerlo con algo de ropa y al contrario que los hombres, a penas se manejaban en el agua.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 51)

Antes de haber lavadoras en las casas, fueron a lavar al lavadero, a la presa, pero sobre todo al río.

Tanto en invierno como en verano iban cada ocho días. Tenían que llevar la tabla, el cubo, el rodillero y el saco de tela con la ropa, de bajada sucia y seca, de subida limpia y muchas veces aún mojada. Si era invierno, a menudo tenían que romper el hielo para poder lavar.

Esta tarea era asumida exclusivamente por niñas, mozas y mujeres.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

Julia Fernández

28 años

Animadora Sociocultural de Cervera de Buitrago

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 54)



(Ilustración correspondiente al texto de la página 53)



Paula Blázquez
9 años
Patones

El primer día de la matanza las mujeres limpiaban las tripas del cerdo en los arroyos o las fuentes, a veces a los niños y las niñas para que jugasen les daban la vejiga inflada que tenía aspecto de balón o globo.

Testimonio recogido en Mangirón.



Julia Sacha
10 años
Patones

Las ovejas solían parir entre noviembre y enero después de cinco meses de preñez. Parían por su cuenta pero a veces no querían a los corderos. Entonces las pastoras tenían que tumbarlas en el suelo para que dieran de mamar a las crías. Las ovejas no tenían la teta larga como las cabras por eso tenían que tumbarlas para que dieran de mamar si no les salía natural. A esto se le llamaba “hacerle cuajo”.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.







Algunas ovejas tras parir dejaban al cordero abandonado sin lamerle siquiera: “¡Ahí te quedas mundo amargo!”.

Como a las ovejas les gusta mucho la sal, en esos casos le echaban sal al cordero para que la oveja lo lamiera y estableciera un vínculo con él y finalmente le amamantase.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

Amaya Muñoz

8 años

Patones

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 57-58)



Elba Sánchez
11 años
Cervera de Buitrago

“Domingo de ramos si no estrenas algo te quedas sin manos”

Eso decía el refrán, así que las mozas procuraban estrenar algo. Eso si, normalmente era algo que ellas mismas habían confeccionado porque a base de práctica y ayudarse unas a otras se hacían desde faldas hasta bragas, pasando por blusas, batas o sujetadores.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

Antes las pastoras eran mal miradas, dice Juani. Las chicas que estaban en el pueblo iban más arregladitas, mejor vestidas y mejor calzadas que las pastoras que iban con unas albarcas, una manta al hombro y un pañuelo en la cabeza, como un máscaro. Por esta razón a veces tenían que escuchar comentarios burlones y despectivos.

Testimonio recogido en Mangirón.

Rocío Banderas
10 años
Cincovillas



Los padres de Juani y Vicenta iban a Mangirón a la escuela pues en Cincovillas no había. Contaba la madre de Juani que unos cuantos críos iban andando de un pueblo a otro, llevando una cesta de casa con la comida preparada.

La madre de Juani cuando llegaba la hora de comer iba a casa de una señora que con mucho cariño le calentaba la comida y le dejaba un hueco en su mesa.

Testimonio recogido en Mangirón.

Roberto Banderas
10 años
Cincovillas



Cuando Eugenia era pastora de una piara de ovejas llevaba, a veces, en su cesta, lana y un huso para hilarla, para entretenerse en las muchas horas que pasaba con ellas en el campo. En otras ocasiones llevaba agujas con las que tejía calcetines, faldas, refajos o jerseys. También era frecuente que llevara una revista llamada *El Buen Amigo*, pero como “no sabía juntar las letras, no le sacaba provecho”. A partir de los años 60 empezó a acompañarla en sus jornadas un transistor.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Luna Fuentes
8 años
Mangirón



Mientras los otros niños iban a la escuela, a Anastasia le mandaban a un prao que tenían cerca de Sieteiglesias con 10 o 12 ovejas.

Anastasia recuerda a un maestro que se llamaba Don Mariano que le dijo a su padre: “Blas, porque no mandas a la chica a la escuela” a lo que él respondió: “Es que no puede, tiene que ir con las ovejas”.

Testimonio recogido en El Berrueco.

Derek Vanza

6 años

El Berrueco



Antes no había pilones y llevaban al ganado al arroyo a beber. Si había nevado hacían un caminito con la pala y rompían el hielo de los pocitos con una maza para que bebieran.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Anibal Hausmann
4 años
El Berrueco



Alrededor del pueblo han conocido más de veinte lugares (fuentes o manantiales) en los que corría el agua y ahora están secos. Cuando iban al campo a las diferentes labores solían beber agua en ellos, con un vasito que llevaban o a morro.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Maia Villén
11 años
Mangirón



Entre abril y mayo se escardaban los trigos: se quitaban las hierbas malas que crecían entre medias para que el trigo pudiera crecer más fuerte. Se escardaba con la mano y en el mejor de los casos con azadilla para no clavarse los pinchos de las uñasgatas. Escardar era labor de todo aquel que pudiera hacerla, hombres, mujeres, niñas y niños a partir de cuatro o cinco años.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Emilia García
10 años
Mangirón

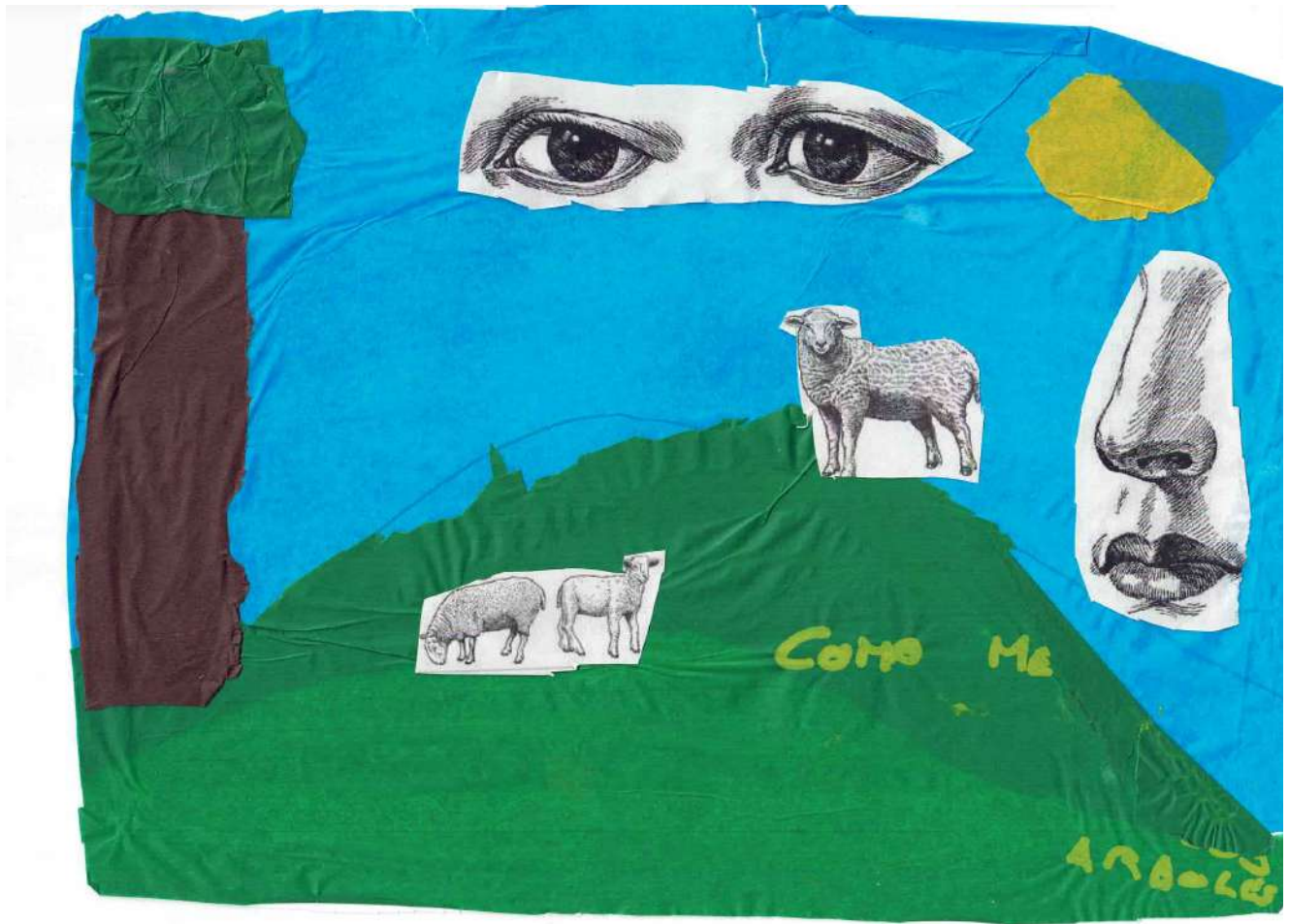


El primer domingo de la Semana Santa, el Domingo de Ramos, algún vecino recolectaba ramas de romero y las llevaba a la puerta de la iglesia dónde el cura las bendecía. Era costumbre llevarlas días más tarde a los campos dónde tenían plantado el trigo para que estuvieran bendecidos y protegidos. Porque el grano de este trigo, después de pasar por el molino, sería harina y esta harina se convertiría finalmente en el pan que les alimentaría cada día.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Alba García
8 años
Mangirón





(Ilustración correspondiente al texto de la página 70)

En la plaza, frente a la puerta de la iglesia había un álamo muy grande que daba mucha sombra en torno a él y en su fresca sombra sucedían muchas cosas:

- Ponían los burros cuando venían de segar y de trillar.
- Las personas se reunían alrededor de él, por ejemplo al salir de misa en los días de calor.
- En verano, algunos hombres se subían a lo alto para coger ramas que, una vez abajo, pelaban para darles las hojas verdes a los cerdos.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Candela Rodríguez
8 años
El Berrueco

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 69)



Andrea Hausmann
7 años
El Berrueco

(Ilustración correspondiente al texto de la página 72)

Era costumbre hacerse un nuevo vestido para la fiesta de mayo. Anastasia recuerda que su madre en una ocasión compró a alguno de los tenderos que iba por El Berrueco, un retal con pintitas negras y fondo blanco que le llevó a otra señora del pueblo para que le confeccionara un vestido. No había tela suficiente para hacer las mangas largas así que, finalmente, le hizo las mangas cortas.

Anastasia fue a misa con su vestido nuevo y cuando iba a tomar la comunión, el cura se quedó mirándola y se negó a dársela por llevar los brazos al aire. Además le dijo que no volviera a misa así... Ella se siguió poniendo el vestido pero se tuvo que hacer unos manguitos para acoplarle a las mangas y cubrirse los brazos.

Era costumbre que las mozas y las mujeres, para ir a misa, llevaran siempre velo y medias, además de ir con mangas y faldas largas.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 71)

Alejandro Carrasco
8 años
El Berrueco

En su infancia y juventud el médico de Serrada vivía y tenía su consulta en Robledillo. Atendía a los vecinos de Robledillo, Berzosa, Serrada, La Puebla, Cervera y El Atazar.

Cuando alguien de Serrada enfermaba y necesitaba de su asistencia tenían que ir a llamarle y encargarse de encontrar un transporte para él y pagarlo. A veces le llevaba Alejandro de Robledillo en una Citroen que tenía o le conseguían alguna caballería.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.



(Ilustración correspondiente al texto de la página 73)

¡Qué viene el tío Agujitas! Se avisaban entre vecinas y vecinos.

Y es que el tío Agujitas, que llegaba al Berrueco en el coche de línea con una maleta y un macuto, recorría las calles y las casas del pueblo vendiendo albarcas, calcetines de lona en los que no se clavaban las pajas y algunas otras prendas muy útiles.

Testimonio recogido en El Berrueco.

Eric González

8 años

El Berrueco



Cuando iban a segar, comían en las propias fincas y al terminar lavaban los cacharros con arena, un estropajo de hierba y el agua que corría en los arroyos del campo.

Testimonio recogido en El Berrueco.

Roberto Saudirós
9 años
El Berrueco



El alguacil, con su gorra de plato, se apostaba en varios puntos del pueblo y en ellos hacía sonar su pequeña trompeta y anunciaba, a veces asuntos del ayuntamiento por orden del Señor Alcalde y otras veces la llegada de algún tendero ambulante.

Además de ese cometido, hacía recados para el ayuntamiento o acompañaba a los músicos segovianos en la Fiesta de la Virgen de Los Remedios, al toque de diana, a la procesión y a la misa.

Testimonio recogido en El Berrueco.

Carlota Piero

9 años

El Berrueco



A los perros se les tenía para ir con el ganado, no estaban adiestrados pero eran compañía. Feli recuerda que cuando estaban en el campo se tumbaban en los pies y daban calorcito, igualmente avisaban si se acercaba alguien o espantaban bichos, así que se puede decir que les hacían sentir protegidas.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

Laura Merino
11 años
El Berrueco



Capítulo 3

A sol puesto jornal nuestro.



El río Jarama estaba muy cerca así que casi todos los hombres sabían nadar para defenderse y algunos bucear para pescar. Pescaban con trasmallos (redes), dinamita y a mano.

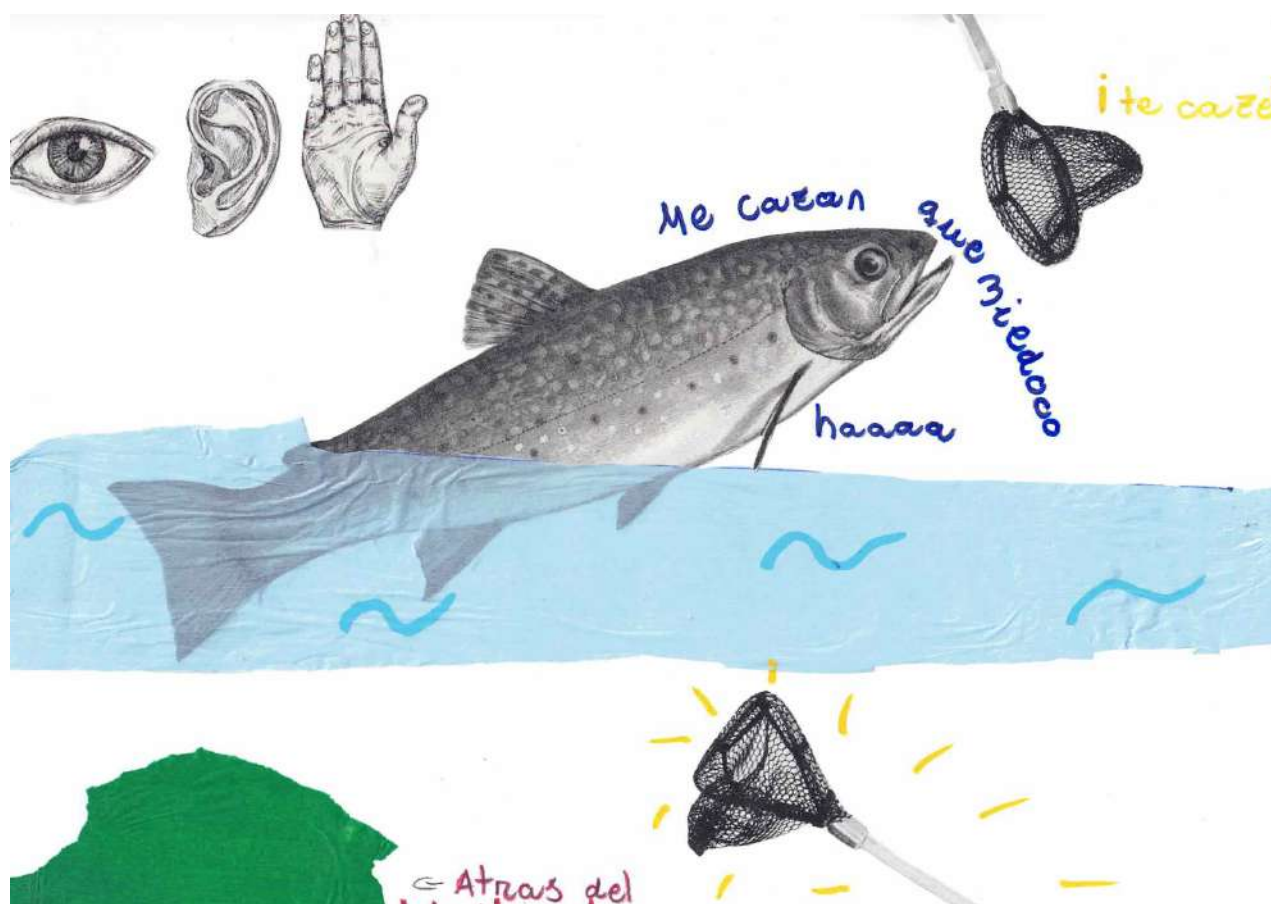
En el río había sobre todo barbos, algunas truchas, anguilas y bogas, pero tenían que ir con cuidado, estaba prohibido pescar y había un guarda del río que vigilaba.

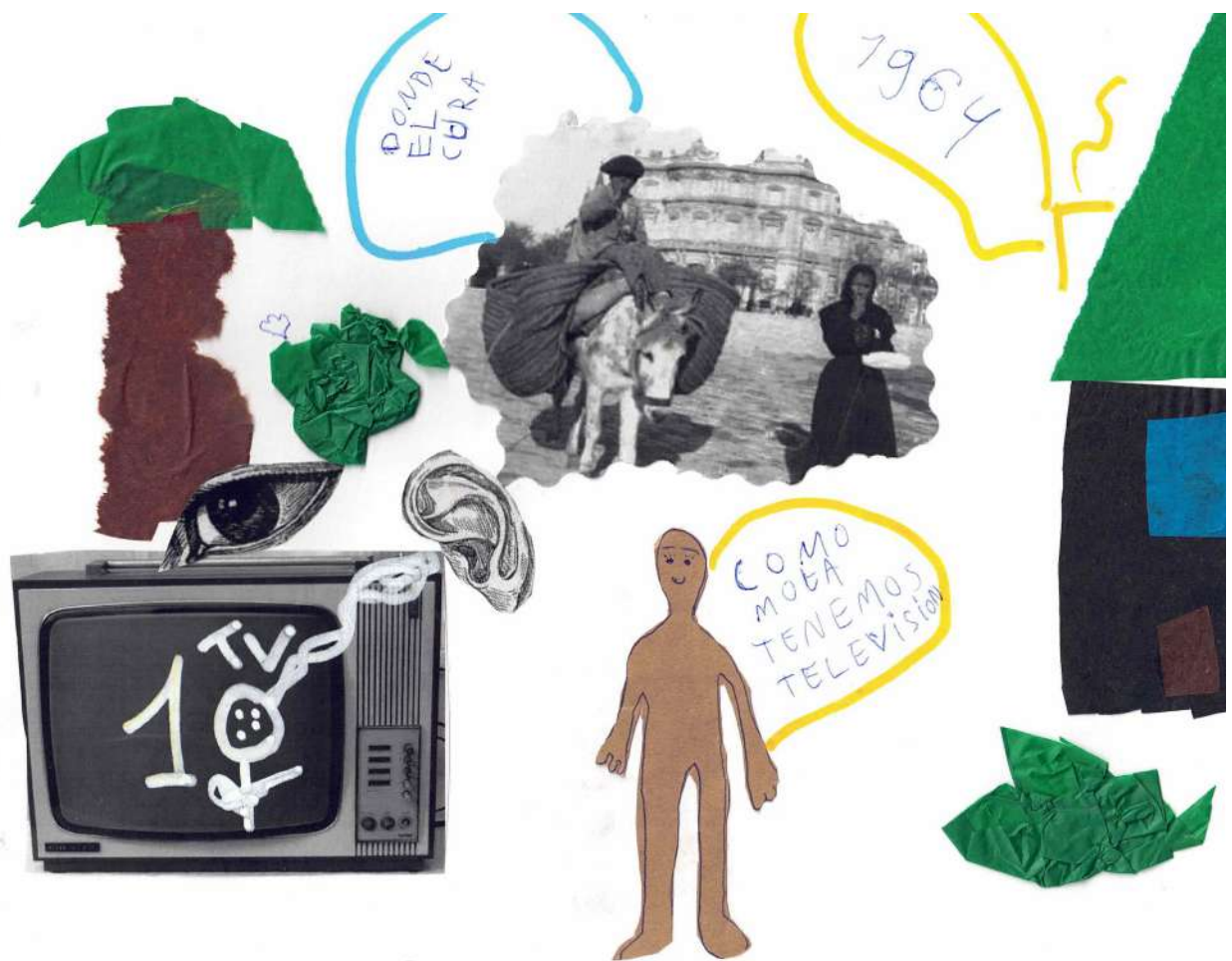
Testimonio recogido en Patones.

Paula Blázquez

9 años

Patones





(Ilustración correspondiente al texto de la página 82)

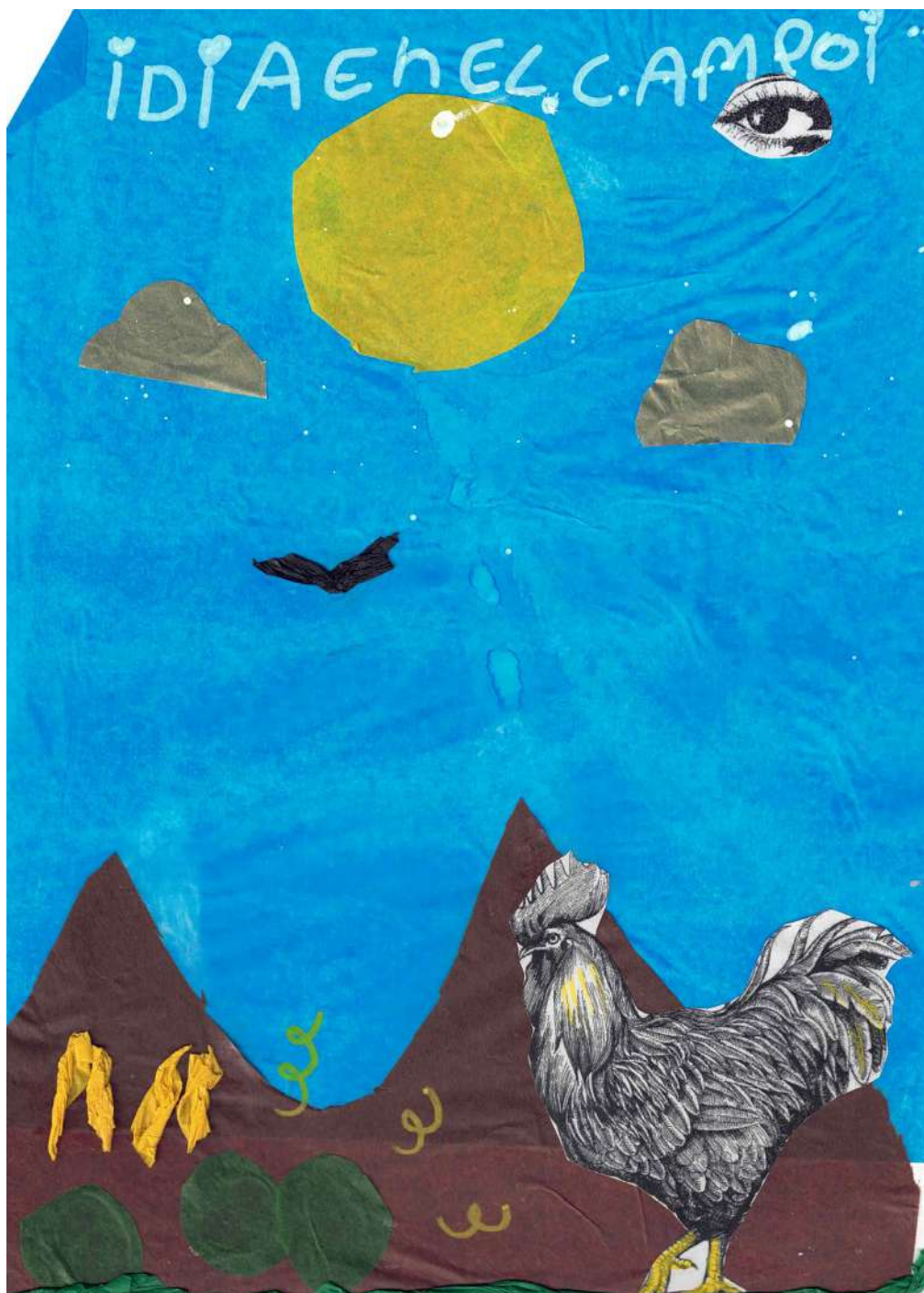
El 5 de enero de 1964 llegó la primera televisión a Robledillo. Primero estuvo en el ayuntamiento y después en una de las estancias que había en la planta baja de la casa del cura.

Recuerdan que algunos hombres dejaban de trabajar en el campo para ir a ver los toros y que había un hombre que se tiraba allí toda la noche.

Testimonio recogido en Robledillo de la Jara.

Hari Hernández
8 años
Robledillo de la Jara

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 81)



Lola Barrero - 7 años - Robledillo de la Jara

Los mozos eran traviesos y a veces hacían pequeños hurtos, robaban melones, gallinas o gallos para comérselos. Aún recuerdan al tío Linos llamar al gallo que le habían quitado, “pito, pito, pito” y vocear: “ ¡Me falta el gallo zarando, no se dónde está!”

Testimonio recogido en Robledillo de la Jara.



Adela Cristina Dimitriu
7 años
Robledillo de la Jara

Gabina recuerda una vez que, estando ella y Juliana de cabreras, tuvieron que traer en brazos a 12 cabritos. Habían nacido en El Alapón, una zona al final del término, no los podían dejar allí tan lejos, indefensos como estaban, porque sino se los podría haber comido la zorra o los guarlos.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Sagrario Alonso
50 años
Cincovillas

Las mujeres hacían corrillos en rincones donde daba un poco el sol, por ejemplo en La Portaleja. En esos corrillos se cosía y se hablaba. Vicenta recuerda que ahí le enseñaron a ella a echar soletas en los calcetines y echar piezas en las sábanas. Las mujeres más experimentadas le ayudaban cortando y preparando las piezas.

Testimonio recogido en Mangirón.



Sandra Florentina Dimitru

11 años

Robledillo de la Jara

La víspera del 1 de mayo los mozos hacían un sorteo y a cada uno le correspondía una moza. Durante todo el mes de mayo la moza que les había tocado sería su maya, la rondarían cantándola, le harían algún regalo, la enmarcarían. Las mayas en la Fiesta de La Octava del Señor, el domingo después del Corpus Christi, regalaban al mozo que les correspondía, su mayo, rosquillas que ellas mismas hacían con ayuda de las madres. Eran unas rosquillas grandes que llevaban anises de colores y se ponían en unos ganchos. Una vez las entregaban a los mozos, estos, las paseaban por todo el pueblo.

Testimonio recogido en Robledillo de la Jara.



Brais Alfaya
11 años
Patones

El Domingo Piñata, primer domingo de la cuaresma, las maesas (mozas que se designaban así) iban con el Santo (una figurita de un Jesucristo) que previamente habían vestido a pedir por las casas. Paraban en cada casa y decían: “¿Da usted limosna para Dios?” Entonces la gente solía dar huevos.

Los huevos recaudados por las maesas se vendían y destinaban ese dinero para cera (velas) para la iglesia o para los entierros.

Testimonio recogido en Paredes de Buitrago.



Natalia García
11 años
Patones

Para la fiesta de la Virgen de los Remedios las vecinas se juntaban y hacían bollos en los hornos de las casas. Venían muchas gentes de otros pueblos a la fiesta y era costumbre invitarles a un bollo y a una copita de anís o aguardiente.

Testimonio recogido en El Berrueco.



Carla Santalla
10 años
Patones

(Ilustración correspondiente al texto de la página 90)

En el carnaval se disfrazaban desde niños y niñas a personas adultas. A quienes se disfrazaban les llamaban máscaros o mascaritos y trataban de no ser reconocibles para el resto de la gente del pueblo.

Mari recuerda que su madre siempre se disfrazaba de hombre y le pintaban un bigote con un tizón de la lumbre. Ella se ponía una media de careta que le desfiguraba el rostro y un sombrero.

Gela dice haber oído que el Goyo, un señor muy apocado y tímido que siempre estaba con las ovejas, se hacía para la ocasión unos dientes con patata, se ponía una chepa y con un palo se hacía una especie de caña de la que colgaban garbanzos e iba por las calles rodeado de gallinas.

Testimonio recogido en Patones.

**“Ya se van los quintos madre
ya se va mi corazón
ya se va el que me tiraba
chinitas en mi balcón.**

**Y las madres son las que lloran
que las novias no lo sienten
se van con otros chavales
y ríen y se divierten.”**

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 92)

Recuerdan este cantar que se escuchaba habitualmente en las rondas que se hacían la noche anterior a que algún mozo tuviera que marcharse a la mili y antes de que se hiciese el baile.

Era un momento emocionante, esos mozos estaban a punto de partir para hacer el servicio militar obligatorio por uno o dos años, a veces a sitios muy lejanos como Ceuta, Melilla o Sidi-Ifni. Dede allí las cartas serían el único medio de comunicación con sus familias, amigas, amigos y novias.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.

Valeria González
12 años
Cervera de Buitrago





Alexandru Adi Roman
11 años
Patones

Ha sido muy esclavo vivir en el pueblo antaño, reflexionan. El trabajo era muy duro, dormir con las ovejas por la noche, estar todo el día escardando, segando, trillando, ir a cavar la basura para llevar a una finca, meter la hierba para los animales...En los años 60, la juventud se marchó casi toda por ahí, esto era durísimo y no había trabajo para todos.

Testimonio recogido Paredes de Buitrago.



Carla Santalla
10 años
Patones

Durante la Guerra Civil (1936-1939), Paredes se convirtió en el Frente del Agua, un bando estaba por encima del pueblo y otro por debajo, el pueblo era un lugar peligroso donde había tiroteos y bombardeos, así que la mayor parte de los vecinos decidieron marcharse.

La gente se fue a Mangirón, Serrada, Cervera, Robledillo, Torrelaguna... Algunos se fueron a casas de familiares, otros fueron acogidos solidariamente por vecinas y vecinos de esos pueblos.

Testimonio recogido Paredes de Buitrago.

El 30 de abril por la noche, los mozos hacían un sorteo y así a cada mozo le asignaban una moza que se convertía en su maya. Luego iban de ronda por todas las casas dónde había mozas cantando y desvelando qué mozo le había tocado en el sorteo.

Algún día antes de San Pedro, antes de terminar el mes de junio era frecuente que los mozos enramaran a su maya. Enramar consistía en dejar un ramo o corona de flores en la ventana de la habitación donde dormía la moza.

Algunas mozas también obsequiaban a su mayo con unas rosquillas que por supuesto elaboraban ellas mismas. Julia recuerda que a uno de los mayos que le tocó le regaló unos calcetines de lana que ella misma había tejido.

*Nota: Se consideraban mozas y mozos a cualquier persona desde los 16 años hasta que se casaba, tuviera la edad que tuviera.

Testimonio recogido en Paredes de Buitrago.



Diego Merino
9 años
El Berrueco

(Ilustración correspondiente al texto de la página 95)



Candela Soriano
9 años
Patones

Agustina recuerda que sólo se disfrazó una vez en carnavales. Se puso lo primero que pilló y se hizo con paja un poco de chepa. Así fue a casa de sus abuelos a darles un susto, ellos chillaban ¡Ay un máscaro! y le daban con el palo de la escoba. Tuvo que quitarse el disfraz para que sus abuelos la reconocieran.

Ir de máscaro permitía hacer algunas travesuras a modo de broma como encaramarse a los balcones, dar sustos, entrar en las casas ajenas...

Testimonio recogido en Patones.



Hugo Muñoz - 9 años - Patones

El 26 y 27 de diciembre se celebraba la Fiesta de los Viejos. Un mozo se vestía de viejo y otro de vieja, vestían también una vaquilla con pañuelos. Toda la pandilla de mozos corría por las calles jugando con la vaquilla y provocando a los viejos, iban de ronda y cantaban cantares a la puerta de las casas y pedían el aguinaldo: “Un aguinaldo pa Dios y otro pa los mozos”.

En la carretera se bailaba una jota y se toreaba la vaquilla mientras se cantaba:

**“Allá va la despedida
por encima de un espejo
pa que Dios le de salud
a la vaquilla y los viejos.”**

Testimonio recogido en Paredes de Buitrago.



Manuela Acosta
6 años
Patones

Durante unos años las gentes del pueblo recolectaban espliego para un señor que se lo compraba. La recolecta era justamente antes de las fiestas de Torrelaguna y la venta proporcionaba un dinero extra para gastar en ellas.

Vestidos con sus mejores ropas, las mozas y los mozos iban juntos caminando hasta el pueblo vecino y el propio camino era ya el comienzo de la fiesta.

Testimonio recogido en Patones.



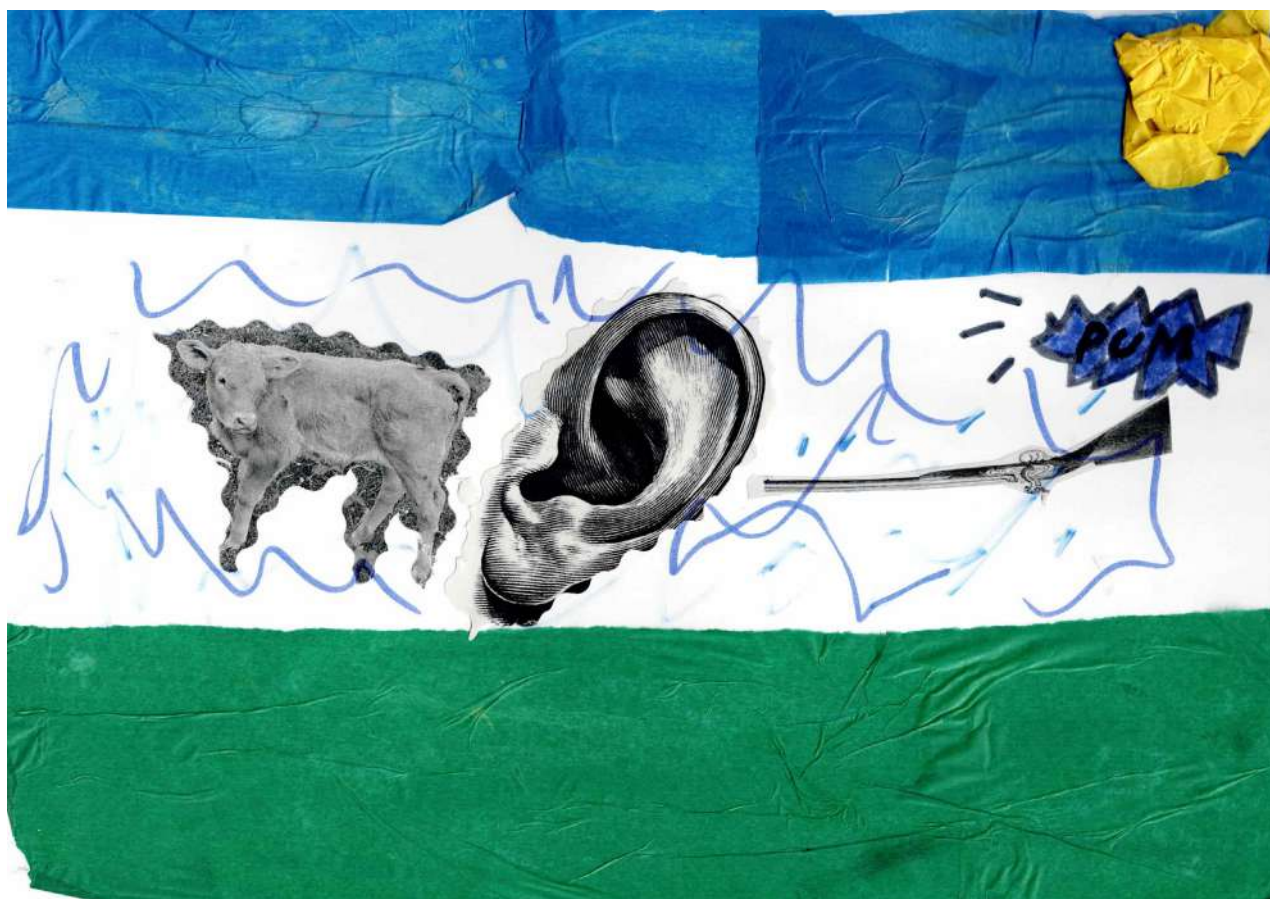
Carmen Pérez
10 años
Mangirón

Eusebio recuerda muchos cantares que se decían o cantaban acompañados de guitarras, botella de anís y hierro por lo que llamaban la ronda.

Uno de ellos dice así:

El Atazar tierra de cabras
Robledillo de cabritos
y Patones de melones
vaya que tres pueblecitos.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.



Olivia Martín
6 años
Mangirón

El martes de carnaval , cuando todo el mundo había terminado las labores del campo y había regresado al pueblo, se corría la vaquilla y se “mataba”.

Eugenia recuerda al tío Ignacio, que tenía una escopeta porque era cazador, pegando dos tiros al aire. Entonces, el mozo que portaba la vaquilla se tiraba al suelo simulando estar muerto y otros dos mozos que estaban disfrazados de viejo y vieja respectivamente se tiraban también al suelo, hacían que lloraban y se apenaban y gritaban cosas como: ¡Que me han matado a la vaca!

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.



Javier Banderas
45 años
Cincovillas

Era frecuente encontrar nidos de aves silvestres. Por ejemplo cuando iban a escardar o arrancar algarrobas había de perdiz o codorniz.

Juani recuerda que su hermano a veces se subía a los árboles y cogía los huevos de los nidos de urraca, los llevaba a casa y su madre hacía tortilla con ellos.

Testimonio recogido en Mangirón.

La zona más apreciada para huertas y árboles frutales eran Las Vihuelas, terrenos ahora engullidos por la presa. Se plantaban patatas, garbanzos, melones, sandías, tomates, pimientos, cebollas, judías, judiones, calabacines, pepinos, repollos, berzas negras, zanahorias y lentejas. Había melocotoneros, higueras, perales, ciruelos, almendros, guindos, nogales y algún manzano y cerezo.

Testimonio recogido en El Atazar.

Elva Serrano

11 años

Serrada de la Fuente



Cuando estalló la guerra civil, el padre de Juani tuvo que ir al frente. Su madre se quedó con su hermano mayor y embarazada de ella. Poco antes de acabar la guerra la necesidad hizo que su madre vendiera dos terneros que tenía pero el dinero que obtuvo de la venta dejaría de tener valor sólo unos días después.

Testimonio recogido en Mangirón.

Felix Mertín
71 años
Cincovillas



Capítulo 4

**Lo que de noche se hace,
a la mañana parece.**





Iris Robledo
10 años
Mangirón

Había un cura llamado Don Faustino que, ya que los niños no podían apenas ir a la escuela, les propuso ir un par de horas cada noche a su casa para enseñarles las cuatro reglas (sumar, restar, multiplicar y dividir), a leer y a escribir.

El objetivo es que se supieran defender un poquito y no les engañasen. “¡Si no, no sabríamos ni firmar!” exclama Eusebio.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.



Abril Sánchez
13 años
Cervera de Buitrago

La noche del 31 de diciembre después de haber cenado cada cual en su casa, las gentes del pueblo iban a la iglesia a rezar el rosario y desde allí se encaminaban a las eras y el mayordomo de la hermandad portaba un farol encendido.

Una vez en las eras, con la llama del farol prendían los atillos de leña que los mozos habían llevado a lo largo de ese día o los días previos. A ese gran fuego en torno al que se reunían y calentaban la última noche del año, lo llamaban y llaman *La Luminaria*.

Testimonio recogido en Cervera de Buitrago.



Naira Ruíz
6 años
Patones

La fiesta de Las Candelas es la fiesta mayor y aunque antaño se celebraba más, sigue siendo muy importante en la actualidad.

Para estas fechas la gente invitaba a familiares y amigos a sus casas. Gela recuerda que a casa de su abuela venía una familia de Torrelaguna a la que su madre había estado sirviendo y los de la tía Pilar, otros familiares que vivían en el Pontón de la Oliva. Ponían jergones de lana por todos los sitios y allí dormían. Siempre cocinaban arroz con pollo y chivos y horneaban en Torrelaguna bollos, rosquillas y tortas para convidarles.

Testimonio recogido en Patones.

Para calentar las camas en las noches de invierno, antes de irse a dormir metían un tejote (teja o trozo de teja) envuelto en papel entre las sábanas. El tejote lo calentaban previamente en la lumbre.

Testimonio recogido en Mangirón.

Lucía Banderas

9 años

Cincovillas



Para la fiesta de Todos los Santos se hacían las calaberas con las calabazas. Se cogían de las huertas las calabazas redondas, las que se parecieran más a una cabeza y las vaciaban. Después les hacían los ojos y la boca y dentro ponían una vela. Las colocaban en los caminos o en las casas. ¡Menudo susto era encontrarlas!

Testimonio recogido en El Berrueco.

África Vanza
8 años
El Berrueco





Daniela Ramirez
12 años
Robledillo de la Jara

En las noches de invierno, después de cenar, las mujeres de cada barrio se juntaban en una casa y allí hilaban lana y tejían desde calcetines a refajos mientras conversaban. A esas reuniones las llamaban el hilandero.

Testimonio recogido en Robledillo de la Jara.



Valeria Moreno
13 años
Robledillo de la Jara

Al lado de la iglesia había un bar. En el bar había un salón con un organillo y allí se juntaban a bailar mozos y mozas.

Rosa recuerda que desde una ventanita los mozos vigilaban si venía el cura. Cuando lo veían acercarse avisaban "¡Que viene Don Enrique, que viene Don Enrique! para que las chicas más jóvenes, de trece, catorce y quince años se escondieran detrás de la puerta bajo los abrigos porque el cura no quería que estuvieran allí.

Testimonio recogido en Robledillo de la Jara.



Sofia Martínez
11 años
Serrada de la Fuente

(Ilustración correspondiente al texto de la página 114)

El 24 de diciembre, en la noche de Nochebuena, era costumbre que los niños, hasta que entraban por mozos, fueran a un tomillar que había a las afueras del pueblo. Allí hacían una lumbre para poder ver y arrancaban unas cuantas plantas de tomillos. Después iban por las casas dónde había gente, y lo ponían en las puertas o en las ventanas. En cadauna de las casas cantaban:

**“Hay que Tomillito hay que tomillar
hay que tiermecito que está de arrancar”**

Testimonio recogido en El Atazar.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 113)



Maria Raquel Pérez

43 años

Animadora sociocultural de Serrada de la Fuente

(Ilustración correspondiente al texto de la página 116)

El 31 de diciembre por la noche, se sorteaba entre los mozos quien iba a ser la botarga. El sorteo se hacía metiendo los nombres de los candidatos escritos en un papelito dentro de una gorra y escogiendo uno al azar, si ya habían sido botarga en los años anteriores no podían entrar en el sorteo.

El día 1 de enero por la mañana el mozo elegido en el sorteo se ponía cencerros de las cabras en la cintura y dos sayos (faldas largas) cedidos por alguna mujer mayor. Uno de los sayos se ponía de cintura para abajo y otro de cintura para arriba, el de abajo era rojo y el de arriba amarillo.

La botarga salía corriendo detrás de los niños (participaban sólo los chicos). Era una especie de pilla pilla. Álvaro recuerda que el año que fue Luciano botarga le llevaron corriendo hasta el cerro La Lobera. La Botarga dejó de hacerse en torno al año 1960.

Testimonio recogido en El Atazar.

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 115)



(Ilustración correspondiente al texto de la página 118)

La fragua estaba dónde actualmente se encuentra el centro cultural.

Álvaro recuerda que allí han pasado muchas noches... Volvían de noche a casa después de arar y tras cenar iban todos los hombres a la fragua.

Sobre el carbón incandescente que traían de La Puebla o de la zona de Uceda, el herrero aguzaba (afilaba) las rejas de arar y las calzaba (añadía un trozo de hierro) si era necesario. El resto de los hombres o bien machacaban de dos en dos las rejas con martillos sobre la bigornia o bien tiraban del fuelle.

Aunque las rejas de arar eran las protagonistas en la fragua, allí también se aguzaban azadones (con los que se arrancaban las jaras), picos y azadillas de escardar o se hacían herraduras para las mulas.

Testimonio recogido en El Atazar.

Lola Barrero
7 años
Serrada de la Fuente

(Texto correspondiente a la ilustración de la página 117)



Pedro Acero
6 años
Patones

Durante la guerra civil las vecinas de Patones escondieron al cura para impedir que lo matasen.

Fueron mujeres, jóvenes, niños y niñas quienes hicieron lo posible para evitar que le mataran, pues los hombres estaban en el frente. Le guardaban en las eras, le hacían una pared todas las noches en lugares diferentes para que los soldados que venían a buscarle no le encontrasen.

Testimonio recogido en Patones.



Olivia Minowa
7 años
Patones

En la Noche de Reyes, niñas y niños ponían las zapatillas al lado de la chimenea o colgadas en las llares, unas cadenas de hierro en la que habitualmente se colgaba el caldero de cobre en el que se cocían las verduras para los cerdos.

A la mañana siguiente se levantaban pronto, antes que los padres, para ver qué había en las zapatillas y solían encontrar alguna moneda, castañas o fruta.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Eusebio recuerda que empezó a haber bicicletas cuando eran chavales. Con ellas iban a los pueblos de al lado, Paredes, Berzosa, Robledillo, iban cuando eran las fiestas o les gustaba una chiquita.

Testimonio recogido en Serrada de la Fuente.

Thiago Ramírez
3 años
El Berrueco





Vega Díaz
8 años
El Berrueco

Muchas de las casas tenían gatera en las puertas. Porque en la mayoría había gatos para que se comieran a los ratones para que estos no se comieran el grano que estaba en las cámaras.

Los gatos eran muy socorridos así que se cuidaba de ellos dándoles un poco de la misma comida de las personas: sopas, patatas, arroz, garbanzos....

Testimonio recogido en Paredes de Buitrago.

Fin

